



XIX Domingo durante el año

9-VIII- 2026

*"Verdaderamente Tú
eres el Hijo de Dios"*



XIX Domingo durante el año

9–VIII– 2026

Textos:

Rey.: 19, 9. 11-13a.

Rom.: 9, 1-5.

Mt.: 14, 22-33.

"Verdaderamente Tú eres el Hijo de Dios"

El Evangelio de hoy, en el que Jesús aparece caminando sobre las aguas del lago en medio de la noche y de la tempestad, comienza con su oración *a solas, en el monte*” y termina con un auténtico acto de adoración a Jesús por parte de los discípulos: “...*se postraron ante Él, diciendo: Verdaderamente, Tú eres el Hijo de Dios*”.

Se trata, en este acontecimiento, de una verdadera iniciación a la fe; Cristo devela su divinidad que es parte de su misión, para fortalecer la fe de los discípulos.

Dios es el gran catequista que nos inicia y nos da la gracia de la fe como hizo con Elías al que hizo pasar por distintas situaciones hasta llegar a manifestarse en una suave brisa. Toda La Sagrada Escritura es, en definitiva, un llamado a la fe.

Este episodio que hoy nos relata el Evangelio de Mateo nos enseña que Jesús “...*quería habituar (a sus discípulos) a no buscar rápido el ser liberados de las dificultades, sino a soportar los acontecimientos con coraje*” (San Juan Crisóstomo, In Matth. 39, 3; 50, 1-2).

Cuando los Apóstoles reconocen que es el Señor y no un fantasma, es Pedro quien toma la delantera y le dice: “*Señor, si eres Tú, mándame ir a tu encuentro sobre el agua*”. De esta manera Pedro *demuestra no sólo su amor, sino también su fe. Pedro no sólo cree que Jesús puede caminar sobre el agua, sino que Él puede hacer caminar también a los otros: por eso desea acercarse rápido a Él*” (id.).

Todo fue bien mientras Pedro tuvo su mirada fija en la de Jesús, en tanto su fe está íntimamente adherida a la voluntad del Señor, el agua lo sostiene. Pero la energía de su confianza disminuye en un momento dado, emerge su conciencia humana y siente el vaivén de las olas. Viene el

momento de la prueba. Pero, en lugar de fijar más profundamente su mirada en la de Jesús, dirige su mirada a las olas así se desliga de Él y Pedro comienza a hundirse y no sólo en el agua, se hunde en la fe “*que vence al mundo*” y se convierte en el grito desesperado; “*Señor, sálvame*”. Jesús le dice: “*Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?*”.

Este pasaje nos enseña la naturaleza de la fe, ella es una gracia que sólo Dios da.

Pedro debía dar un salto cualitativo, el salto de la absoluta confianza en el Señor por la fe, pero todavía era frágil, titubea como hombre y se volvió al Señor con un grito que es el reconocimiento que sólo Cristo puede salvarlo.

Esta fragilidad de Pedro, este hundirse en las aguas, preanuncia otras caídas, hasta llegar a la negación del Señor, todo motivado en el miedo que es fruto de una fe débil, por una confianza quebradiza; así *la debilidad de la carne y el temor a la muerte lo empujaron hasta la fatalidad de la negación. Pero gritó y pidió al Señor la salvación*” (San Hilario de Poitiers, *Sobre el Ev. de Mateo*, 14, 15).

La fe no deriva de la voluntad humana, **no creo porque quiero, sino porque Dios me da la gracia de creer**; y *lo que se impone propiamente a la conciencia del creyente no es ni una verdad ni un valor, sino una realidad, la realidad del Dios santo, vivo y revelado en Jesucristo*” (R. Guardini). La verdad no es una idea, un sentimiento, es esa persona: Jesucristo.

A menudo nos parece más real el mundo y sus seducciones que el mismo Dios, así como fueron, para Pedro, más reales el viento y las olas que la persona de Jesucristo hacia donde caminaba.

Debemos aceptar que muchas veces es difícil, en nuestra oración, tener el sentimiento de la presencia real de Dios. ¿Quién es capaz de levantarse, mezclarse entre los hombres, ocuparse en los asuntos cotidianos, sentir el influjo del ambiente y de la vida pública y decir, a pesar de todo, que Dios es más real, que Jesucristo es más fuerte que todo esto?

La fe es captar la realidad de Dios, unirse a ella; vivir la fe significa tomar en serio esta realidad. Muchas veces caminamos por este mundo como si Dios no existiera. Hoy, las olas que levanta la tecnología, el internet, hacen que nuestra mirada se distraiga y dejemos de mirar al Señor que siempre está junto a nosotros.

Esta escena de Pedro caminado hacia Jesús en un clima y situación difícil, expresa la situación del hombre que se siente impulsado a dar el paso

hacia Dios. Al principio fracasa. Se extravía. Se siente decepcionado ante las debilidades humanas. Pero un día la decisión termina por madurar, y da el paso hacia la realidad que lo llama.

Hermanos, el principal responsable de la incredulidad hoy, mal de nuestro tiempo, parece ser el orgullo del hombre; es el gran enemigo de la fe; y *la falta de fe provoca las tinieblas del alma*” (Santa Teresita).

Las limitaciones y fragilidades humanas, llevan a San Pablo a reconocer: *Cuando soy débil, entonces, soy fuerte*” (II Cor. 12, 10), ya que la gracia de Dios basta y Su fuerza se muestra perfecta en nuestra flaqueza (cfr. II Cor. 12, 8).

El episodio del Evangelio se resuelve en un acto de fe: *“Verdaderamente, Tú eres el Hijo de Dios”*. De esta manera, en Cristo encuentra Dios al hombre, lo invita a saltar hasta Él y le da el impulso para que pueda hacerlo” (R. Guardini). Esta es la gracia en sentido cristiano.

Debemos pedir al Señor el ardor apostólico que dio a San Pablo, para transmitir nuestra fe, y que lo llevó a decir: *Yo mismo desearía ser maldito, separado de Cristo, a favor de mis hermanos, los de mi propia raza*”, para que crean que Jesucristo es el Mesías.

Pidamos al buen Dios que aumente nuestra fe y podamos reconocer con Santa Teresita: *En verdad; ¡que gracia es tener fe!*”.

Amén.

G. in D.